

La más rumbosa fué Paula, que, arrebañando la olla, dijo:

—Si pudiera volver á llenarla, te daría la mitad.

El hombre, algo repuesto, le miraba con ternura, y tras breve silencio, preguntóle:

—¿Cómo te llamas?

—Vicente, para servirlos.

—¿Y tus padres?

—Juan de Paul y Beltrana Moras.

—Vicente de Paul y Moras,—dijo el forastero devolviéndole la hortera, en cuyo fondo brillaba un escudo nuevecito.—Me has dado la sopa de Dios y con ella la vida. Dios te lo premiará.

—La sopa de Dios no se vende,—repuso el niño con dignidad, apresurándose á devolverle la moneda.

—¡Extraña criatura!—dijo el dador guardándola entre sorprendido y avergonzado.

—¡Bien dice la madre Cláudia!—refunfuñó Juan torciendo el rostro:—¡este chico es tonto!

El hombre, sin hacer caso del rapaz, dijo á Vicente:

—Desde ayer mañana estoy dando vueltas por el bosque, sin haber encontrado alma viviente, la lluvia me ha calado hasta los huesos, estaba débil, y por tres veces he caído en las zanjas y en los charcos.

—¡Pobrecito señor! ¿A dónde ibais?

—A Dax.

—No está lejos, podeis ir por el atajo. Juan tendrá el gusto de servirlos de guía.

—¡Yo! ¿Quién lo ha dicho?

—Es igual; si tú no quieres ir, iré yo...

—¡Tú!—exclamó á su vez Catalina.—¡Bueno se pondría padre, si le dijeran: «Vicentillo descuida el rebaño!»

—Pero este señor no puede ir solo; si se cae, no tendrá quien le auxilie; iré á cumplir mi obligacion de cristiano, y si me pegan, que me peguen...

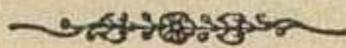
—Vamos, hombre, yo iré, será preciso... Este bobo es capaz de hacer lo que dice... y padre, cuando pega, tiene la mano dura... Ea, por aquí, señor.

El desconocido no apartaba sus ojos de Vicente.

—Adios,—le dijo besando aquel rostro cándido y risueño.— Los hombres de bien nunca olvidan los beneficios; el que los hace, debe hallar á su deudor en este mundo ó en el otro.

Al decir esto, levantóse y partió precedido por Juan, y en-

# LA VOZ DE LA CARIDAD.



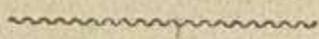
~~1877~~

REVISTA QUINCENAL

*D*  
*244*

DE

BENEFICENCIA Y ESTABLECIMIENTOS PENALES.



**DONATIVO DEL Sr. LASTRES**  
AL  
**ATENEO DE MADRID**  
**1907**

---

TOMO 7.º—AÑO 1877.

---

MADRID:

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE M. MINUESA,  
Juanelo, 49, y Ronda de Embajadores.

—  
1877.

# LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 145.—15 de Marzo de 1876.

*Dios es caridad. (San Juan  
Epíst. I, 4, 8.)*

## EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Gracias á:

Doña María Prados de Alonso, por hilas.

Las niñas Cármen y Rosario Barranco, por hilas.

Srtas. de Lemery, por hilas y trapos.

Doña C. M. de G., por hilas.

Doña C. M. de R., por hilas.

## UNA BUENA IDEA.

Un redactor de LA VOZ DE LA CARIDAD, estaba cierta mañana con la pluma en una mano, la frente apoyada en la otra, y mirando al papel que tenia delante, no para leer en él, porque no estaba escrito, sino como si quisiera, en fuerza de mirarle, dejar la huella de un pensamiento ó extraer una idea, que seguramente no habia en la lisa y blanca superficie. Sea que estuviese perplejo, ó abatido, ó que sostuviera diálogo mental con las cándidas cuartillas, es lo cierto que presentaba toda la apariencia de una persona que desea escribir y no sabe qué. El caso no era seguramente nuevo en la Redaccion: los pocos y buenos lectores de LA VOZ DE LA CARIDAD merecen seguramente que nos esforcemos á escribir para ellos todo lo menos mal que nos sea posible; pero es lo cierto, que cuando están las mismas personas escribiendo de la misma cosa por espacio de seis años, la tarea no es tan fácil como podria parecer á primera vista.

La verdad era, que el susodicho redactor no sabía qué decir, y que parecía tener prisa de decir algo, porque miraba al reloj con frecuencia, cuando le anunciaron una visita. Contestó ceñudo que no estaba en casa para nadie; replicáronle que era un jóven que deseaba verle *para un asunto de caridad*, y como éste era medio seguro de forzar la consigna, dijo:—Que pase.

En el poco tiempo que medió entre esta orden y la entrada del desconocido, ¡qué de conjeturas! dando cuerpo á la más grata que le suponía portador de alguna buena limosna que ya se empezaba á distribuir mentalmente, cuando se presentó el anunciado visitante, mancebo simpático, de aspecto inteligente, pero con una espresion de candidez y beatitud, que indicaba no haber suplido al tiempo la desgracia, y que era tan inesperto como jóven y dichoso.

En vez del porta-moneda, ó del billete de Banco soñado, sacó un papel escrito, entablándose entre él y el redactor el diálogo siguiente:

JÓVEN. Dispense V. que venga á importunarle una persona estraña.

REDACTOR. No tenemos por estraños á los desconocidos que voluntariamente llegan como auxiliares, y lejos de ser importunos, son bien venidos.

J. Yo vivo en...., mi madre es suscritora á LA VOZ DE LA CARIDAD, y yo, desde muy pequeño, la leía y se la leía á mi hermana. Muchas veces lloraba y la hacía llorar leyendo, tanto, que en ocasiones rehusaba oirme, porque decía que no se quería fligir (1).

R. No dejaré de referir el hecho á mis compañeros, porque es bien propio para confortarlos en sus horas de desaliento.

J. ¡Cómo! Ellos, que tienen tanto ánimo y que animan á los demás, ¿necesitan quien los anime?

R. Lo necesitan. Su tarea es ruda, y á veces ven tales cosas, que llegan á dudar si su trabajo es inútil.

J. No comprendo.

R. De aquí á treinta años comprenderá V., y si no comprende nunca, mejor.

J. Pero yo he aprendido de VV. que el bien que se hace nunca es inútil.

R. Eso creemos, y eso enseñamos, porque no hemos de presentar como ejemplo nuestra debilidad, ni buscar ecos para

---

iteral.

nuestros ayes, como si fueran lecciones; pero hay horas de agonia, en que como el Divino Mártir del Gólgota, duda el hombre si le ha desamparado el Padre Celestial.

J. ¿Y no viene á confortar el alma en esos desfallecimientos, el recuerdo de tantos miles de corazones que con los de VV. laten y sienten, lloran y se consuelan?

R. ¡Miles!

J. Sin duda. ¿No tienen VV. muchos miles de suscritores?

R. ¿No ha visto V. las cuentas de ingresos?

J. Nunca miro las cuentas yo. Dice mi abuelo, que cuando son buenas, no hay para qué mirarlas, y cuando son malas, tampoco.

R. Puede que tenga razon su abuelo de V. Pero en nuestro caso, por el exámen de las cuentas de LA VOZ DE LA CARIDAD, hubiera V. visto que es corto el número de los que con nosotros simpatizan.

J. Entonces tendrán VV. poco prestigio.

R. Muy poco.

J. Poca influencia.

R. Ninguna.

J. Carecerán de medios de realizar ninguna empresa benéfica.

R. Completamente.

J. Yo, vea V., tenia una idea que juzgaba útil, y creia que VV. la podrian dar gran publicidad y eficaz apoyo. Está formulada en cuatro palabras, ¿quiere V. leer esa cuartilla, y decirme qué le parece?

(*El redactor lee.*)

R. Es un excelente pensamiento.

J. ¿Y le cree V. realizable?

R. Podria realizarse fácilmente, si hubiese quien quisiera, pero creo que no habrá. Nosotros hemos propuesto muchas cosas análogas, y ninguna ha pasado del papel.

J. Es incomprensible. ¿No dicen que somos un pueblo muy religioso?

R. Lo dicen.

J. Un pueblo muy hidalgo.

R. Lo aseguran.

J. Un pueblo digno de mejor suerte.

R. Lo afirman.

J. Un pueblo muy caritativo.

R. Lo sostienen; pero como esto que todos dicen, nadie lo

prueba, y como los hechos demuestran lo contrario, debe de haber error, ó en la idea de lo que debemos ser, ó en la idea de lo que somos, ó en entrambas, que es lo más probable. Cuando se tiene algun pensamiento beneficioso y se busca una persona que pueda y quiera realizarlo, no se encuentra. Se buscan varias cuyos esfuerzos reunidos puedan darle vida, y no parecen tampoco. Si, por excepcion, se hallan, es posible que tomen el proyecto con calor, y hasta que haya entusiasmo en las primeras reuniones; pero es probable que se enfrie pronto, y que de aquel vivo fuego no quede más que la fria ceniza del desengaño. Hay excepciones, pero esta es la regla.

J. Y yo que imaginaba que habia entre nosotros un fondo excelente y gran disposicion al bien.

R. Sí: todos estamos á él dispuestos, siempre que no nos pidan trabajo ni dinero: así que hay que dar una de estas dos cosas, empiezan las dificultades. En cuanto al fondo, no sé cómo será, acaso mejor que lo que sale á la superficie; pero, en fin, esta es la que se vé, la que se toca, donde se hallan las facilidades y los obstáculos, y presenta tantos para el bien, que no se puede tener por buena.

J. Es cruelmente desconsolador.

R. No es muy propio para dar consuelo; pero, en fin, en épocas como la presente, hay que entonar el espíritu con amargos, y aunque la verdad lo sea, no ha de ocultarse. Yo quiero decírsela á V., porque se debe á todos, porque, si no fuera deuda de conciencia, lo seria de corazon, para quien lo tiene tan bello y ha consolado el mio, y en fin, porque al cabo habria V. de saberla por lábios que tal vez la acompañasen con una sonrisa desdeñosa.

J. ¿Y hemos de cruzarnos de brazos y no hacer ni intentar nada?

R. Al contrario; cuanto peor preparada está la tierra, más hay que trabajar para ponerla en cultivo. Nosotros recojemos el fruto de lo que otros sembraron; sembremos, para que otros sieguen: así lo exigen la Humanidad y la Justicia; además que aun cuando nuestro trabajo, al intentar el bien, fuera perdido para los demás, siempre es útil para el que lo realiza: los esfuerzos que exige son una gimnasia que fortifica el alma y purifica la atmósfera en que viven los sentimientos de compasion y las ideas de justicia. Por otra parte, nadie puede asegurar que sea del todo irrealizable actualmente la buena obra que propone, y debe comunicarla á un millon de personas, á un cen-

tenar, ó á una sola, segun pueda. Nosotros no podemos darle más que mucha simpatía y escasa publicidad. V. dirá si admite ó no la humilde ofrenda.

J. ¿Cómo no la he de admitir con gratitud? ¿No debo contentarme yo con lo que VV. se resignan?

R. Entonces, dicte V. y escribiré.

J. «La guerra parece que toca á su término, y acábese ó no pronto, como no hay ninguna cosa eterna, se acabará. (1) Víctimas de ella quedan centenares, tal vez miles de hombres inutilizados. Yo los he visto pidiendo limosna ó recibiendo protección y auxilio, sin el cual, no hubieran podido conseguirlo que les era debido: en el mismo caso están los padres de los que han muerto en accion de guerra; es seguro que soló una mínima parte reclama y realiza su triste derecho.

»Los pobres lo son de todo, de conocimientos, de idea de su derecho, de medios de hacerlo valer, y si no hay quien los ayude á ponerlo en claro para que pase á ser hecho, muchos inválidos de la guerra vivirán miserables, pesando sobre sus familias, ó degradándose en la mendicidad, con escarnio de la Justicia y afrenta del nombre español. Yo desearia, pues, que formáramos una *Asociacion Protectora de los Inválidos del Ejército* y padres de los muertos en accion de guerra, que fuese como una agencia gratuita para hacer valer sus derechos. Se anunciaria su instalacion en Madrid, para que, de todos los puntos de España y posesiones de Ultramar, pudieran utilizar sus servicios. El trabajo, sobre que repartido no seria grande, no es de los que prolongándose indefinidamente pueden retraer á los muy ocupados ó poco laboriosos. En un plazo no largo quedarían zanjadas las dificultades, atendidos todos los derechos, y la Asociacion podria disolverse satisfecha de su buena obra. Yo desde luego me ofrezco á tomar parte en ella....»

R. Y yo tambien. Imposible parece que no secunden el pensamiento tantos como viven del presupuesto, en el orden de cosas porque han derramado su sangre esos que V. quiere patrocinar, y tantos militares como han contribuido á encumbrar y á enriquecer los pobres inválidos. En fin, si nada se hace por ellos, no será culpa de V., ni de LA VOZ DE LA CARIDAD, ni de

UNO DE LOS REDACTORES.

(1) ¡Bendita sea la Providencia! que ha realizado lo que no pasaba de pronóstico, cuando esto se escribió!

## LA COMPASION.

Próximo á efectuarse el terrible drama que hace diez y nueve siglos tuviera lugar en la cumbre del Gólgota, corrian presurosos los hijos de Israel por las calles de la ciudad deicida, para ver pasar, ó tal vez añadir una nueva injuria á las muchas que, desde que el discípulo traidor lo entregara en el jardin de las Olivas, llevaba sufridas, Aquel que pocos dias antes fuera recibido con palmas y aclamaciones.

No parece sino que todos querian disfrutar del sangriento espectáculo, segun la multitud se estrechaba y apiñaba ante el paso del Redentor. Y era que, en su ciego furor, no contentos ya con haber obtenido la orden de su crucifixion, desahogaban su satánica rabia con denuestos é imprecaciones.

¡Y ni una palabra de consuelo! ¡Ni una mirada de conmiseracion!!

¿Acaso entre todos los habitantes de Jerusalem no habria uno cuyo corazon latiera conmovido? Sí, lo habia; que algunas mujeres *compasivas*, (tal frase emplea la Escritura Santa) lloraban enternecidas al ver al Dios-hombre.

Sí, *compasivas*; que el corazon de la mujer ha sido siempre albergue de sentimientos dulces y en él ha hallado grata acogida la *compasion*, esa hermana predilecta de la Caridad.

Cosa innegable es que la mujer ha nacido para amar; que su corazon está hecho para abrigar ese dulce sentimiento.

Véisla primero, en los tiernos dias de la infancia, separarse de su pequeño hermano, que juega á *la guerra*, para arrullar su muñeca, remedando los cánticos con que su madre la adormeciera. No parece sino que siente ya el gérmen de la sublime mision que trae al mundo: ser madre.

Si seguís estudiando el desenvolvimiento de aquella alma, la vereis luego, en los dulces dias de la adolescencia, ardiente y soñadora, presintiendo el amor que más tarde ha de embargar su pecho.

Y ese amor trae consigo todo su séquito de sentimientos tiernos; y entre ellos, descuella, como gallarda rosa en florido vergel, *la compasion*.

Una mujer sin *compasion*, que tambien hay flores inodo-

ras, es decir, una mujer que no es capaz de amar, una mujer sin corazón, en fin, es, por fortuna, rara excepción, y de ella no he de ocuparme. Me dirijo especialmente á las asíduas lectoras de este periódico, y bien sé que entre ellas ninguna carece de tan precioso don.

Y si la mujer es por naturaleza amante, y como consecuencia compasiva, ¿no es claro que sintiendo los males de sus semejantes, es la llamada por Dios á remediarlos en cuanto pueda?

Y así es en efecto: la mujer compasiva, que se siente arrastrada á hacer el bien, cumple con noble gozo esta gran misión, y amando á aquellos que sufren, viene á ejercer en este valle de lágrimas el sublime papel de ángel de la Caridad.

Mas, desgraciadamente, no todas las mujeres que son capaces de sentir, no todas las mujeres *compasivas*, llenan este deber.

Muchas veces se separan de él y ahogando ese primer impulso, llega á ser estéril su compasión.

¡Ah! es preciso que eso no suceda: es preciso que toda mujer que *sienta* el infortunio, donde quiera que lo encuentre, haga algo por remediarlo. Es preciso que toda mujer compasiva lleve su grano de arena al gran templo de la Caridad.

Quiera el cielo que así suceda: que llegue un día en que todo sentimiento compasivo sea seguido de un acto generoso; que todo corazón, capaz de hacer el bien, rompa la débil valla de mezquinas consideraciones sociales, que hoy las más veces le contiene, y que, atenta solo á la voz de la Caridad, toda mujer compasiva realice el ideal de amor para que fué creada.

ESPERANZA.

## CARIDAD VALENCIANA.

La Asociación de beneficencia domiciliaria establecida en Valencia, bajo la invocación de su Patrona la Virgen de los Desamparados, ha publicado en su último Boletín mensual la memoria leída en la Junta general de este año por el celoso Vocal Secretario D. José Guerola y Peyrolon.

Es un documento tan curioso como interesante, que sent 7.

mos no poder insertar íntegro, por falta de espacio, pues bien merecía ser conocido en su totalidad por nuestros lectores.

Ya otras veces se ha ocupado esta Revista de esa benemérita Asociación, tan notable bajo todos conceptos, por el bien que hace á las clases pobres.

Achaque comun suele ser, por desgracia, el que la mayor parte de las asociaciones y empresas, cuando no representan un interés maternal para cada uno de los asociados, principian con algun fervor, y decaen luego, porque la constancia no es la virtud más generalizada.

No sucede así, sin embargo, en la Asociación valenciana de los Desamparados. Cuenta ya veintidos años de existencia, sin decrecer en lo más mínimo, sino, por el contrario, tomando cada vez más desarrollo en el ejercicio de la caridad; y esto es tanto más de apreciar, por cuanto la Asociación vive y prospera sin subvención de fondos públicos ni renta alguna propia y sin más recursos, que la suscripción de sus sócios, las cuestaciones y la rifa de objetos que celebra anualmente.

Con ingresos tan inciertos y variables, ha logrado reunir durante el año 1875 un ingreso de Rvn. 203.971, que ha gastado casi en su totalidad, pero con tal acierto, que la simple enumeración de las atenciones cubiertas con esos diez mil duros, parece á primera vista representar un fondo mucho mayor.

En efecto, durante el año último, se han repartido á los pobres 61.334 raciones de menestra, pan y metálico; se han dado socorros extraordinarios y reservados á 116 personas necesitadas; se han costado 360 lactancias; se ha sostenido la sala de asilo, que cuenta 87 niños, la escuela de párvulos, donde hay 400, y la elemental de niñas donde se educan 74; se ha mejorado el edificio de la Asociación y escuelas, y finalmente, se han amortizado las 300 obligaciones que quedaban vigentes del empréstito contraído en 1872. ¡Notable y perfecto modelo de una caritativa administracion!

No satisfecha con esto la Sociedad, y deseando extender la esfera de su benéfica accion, prepara ya dos nuevas fundaciones utilísimas, que son una Caja de Ahorros y un Monte de Piedad, proyecto tambien estudiado y adelantado, que es de esperar quede realizado en el presente año.

¿Hasta dónde llegará ese desarrollo de caridad y ese espíritu fundador de la Asociación valenciana? No es fácil asegurarlo con precision, pero es dulce y grato prever que, si la fé quebranta las montañas, como dice el Evangelio, la caridad de los

valencianos quebrantará toda clase de obstáculos, y seguirá dando á España un ejemplo recomendable y una prueba lisonjera de lo que pueden conseguir la caridad bien entendida y la fuerza de la asociacion aplicada al desarrollo de su ejercicio.

FAUSTO.

### LAS CASAS DE SOCORRO EN PARÍS.

Es preciso visitar uno de estos asilos, dirigidos por Hermanas de la Caridad, para formarse idea de cuánto la intervencion de la mujer embellece los objetos más sombríos. Cada casita de socorro es un áscua de oro por su limpieza; la batería de cocina brilla á fuerza de esmeril, cual si fuese hecha de un metal precioso, y los pisos están bruñidos como un espejo. La ropa blanca despide un buen olor de lejía, corregido por el perfume de alguna raíz aromática. Esta ropa, no solo sirve en la casa, sino que se presta á las familias pobres del barrio. Las sábanas se renuevan una vez al mes en este caso, y las camisas una vez por semana.

Triste es decirlo: no siempre se cambian.... porque á menudo, los que las reciben, las venden ó las empeñan.

Tambien facilitan á los pobres, las Hermanas encargadas de estas santas mansiones, ropas interiores de abrigo, tales como almillas, medias de lana y chaquetas de franela.

Cada casa de socorro posee una sala, calentada por estufa, en la cual los pobres esperan tres veces por semana la visita del médico. Estas visitas son muy escrupulosas, y el doctor, no solo consulta, sino da receta. El enfermo indigente recibe gratis, en cambio de este documento, los medicamentos que necesita.

Semejante clase de socorros atrae á la consulta dolientes de un género especial, que se quejan constantemente de debilidad general, é insinúan que les convendria el vino de quina. El médico, á pesar de su experiencia, se deja á menudo enternecer, y receta el vino susodicho, que es un brevaje amargo y detestable. El enfermo lo bebe, y su dolencia, lejos de disminuir, se agrava, pues su enfermedad es incurable, y se llama... la embriaguez.

Cuán general es esta clase de afeccion, lo hará comprender

el hecho de que en 1874 se consumieran, á pesar de la suspicacia de los doctores, 36.000 litros de este vino medicinal en las Casas de Socorro.

Lo mismo sucede con el aguardiente alcanforado. Ciertos indigentes, apasionados de Baco, se hacen contusiones que reclaman la aplicacion del alcohol citado, y una vez que consiguen se les entregue, lo cortan con agua azucarada y se frotan con él.... interiormente.

Los socorros de que queda hecho mérito son los que se llaman *ordinarios*; pero además, la celosa caridad parisiense dispensa otros, conocidos con el nombre de *extraordinarios*.

Para obtener éstos, como los otros, es preciso solicitarlos. La asistencia pública, antes de concederlos, envía al sitio que sirve de refugio al impetrante uno de los numerosos visitadores que tiene á su servicio, exclusivamente dedicados á esta delicada faena. Antes de ponerse en camino para cumplir su filantrópica mision, estos fiscales consultan los archivos de la indigencia, curiosísima reunion de expedientes, donde yacen sepultados los secretos más dolorosos de numerosas familias, y provistos de los antecedentes relativos al pretendiente, si los hay, se trasladan al domicilio de éste.

Para que se aprecie el celo de la administracion en tal materia, diremos que cada año se efectúan, por término medio, 186.000 visitas de este género.

Triste es decirlo, pero instructivo: los visitadores tropiezan en sus escursiones con una mayoría de miserias procedentes del vicio y del desórden. A pesar de esto, los enviados de la caridad pública no dejan traslucir sus impresiones; consuelan con palabras corteses al solicitante, y redactan su informe, que casi siempre se termina así: «El socorro que se solicita no remediará el mal, y será rápidamente consumido por los desórdenes; pero la pobreza es tan evidente y aguda, que seria cruel el rehusar un pronto auxilio.» Y en efecto, la asistencia concede la limosna pedida.

Esta asistencia representa á la sociedad, y sus favores son tanto más meritorios y tanto más dignos de ser puestos en relieve, cuanto que, segun la opinion de los funcionarios que desde hace largos años se ocupan de esta especialidad, apenas si un 5 por 100 de los indigentes socorridos son dignos de interés por la pureza de sus costumbres.

## CUADROS DE LA GUERRA.

### XVIII.

—Es singular lo que se observa en aquella pintura. Pinzelladas atrevidas como la inspiración del Genio; toques donde se ve la mano débil del principiante; bellezas revelando una inteligencia que sabe las armonías del Arte; defectos, absurdos mejor dicho, cual si nada comprendiera de ella el que derramó esas tintas como al acaso, y esos claros oscuros que demuestran una completa ignorancia de los efectos de luz. Parece pintado por dos personas ese lienzo.

—Y no obstante, es obra de una sola.

—No se comprende.

—Cierto. La obra del artista, como la del poeta, es á veces una revelación de su autor, clara, al alcance de todos; otras un enigma que es necesario descifrar, ó un misterio impenetrable, ó una mentira. Dichoso el operario que puede reflejarse en su obra todo entero y mostrarse al mundo tal como es, de una manera comprensible; triste el que aparece enigmático y misterioso; benemérito el que presenta un perfil sano y correcto, ocultando la mitad del rostro deformé y llagado, ó como el hijo de Lacedemonia, no contrae la frente, ni dice ¡ay! cuando lleva oculta la fiera que le desgarrá las entrañas. Unos, piadosamente resignados, convertida en cruz la cadena, van camino de la tumba sostenidos por la esperanza; otros, envueltos en el manto de su orgullo, cubren con él sus llagas, desdeñando la estéril compasión que los viajeros pudieran arrojarles al pasar; algunos sienten en su sér tal afinidad con el órden, con la armonía, con la belleza, que les causa una repugnancia invencible mostrar los horrores de su vida, la confusión de su alma y el desórden tempestuoso de su pensamiento.

—Obra meritoria es en todos esa reserva; proceder digno el silencio de sus ¡ayes! Mal parecen las manos fuertes empujando hácia el abismo, y no hay estruendo tan infernal, como el de las grandes voces que blasfeman.

—Cierto; todo lo que es grande debe ser reposado y bené-

fico; el Genio, no se ha de subir á las alturas, como esos miserables que se apoderan de las montañas para lanzar desde allí la destrucción y la muerte á los habitantes del valle, pacíficos, tal vez dichosos.

—¿Y á cuál de esas categorías pertenece el que ha pintado ese lienzo?

—A ninguna, ó á cualquiera de ellas, ó á otra de las muchas de que no hice mencion: la de aquellos cuyo cuerpo ó cuya alma se hace pedazos al estrellarse contra la vida, leyéndose su historia en un sepulcro abierto prematuramente, ó en la celda de un manicomio: todavía no se sabe dónde, cuándo, ni cómo reposará de sus terribles fluctuaciones aquel espíritu combatido. Es dado soportar grandes pesos de dolor, cuando el alma ha ido acostumbrándose poco á poco á la terrible carga durante toda la vida; pero al principio de ella, un gran golpe abrumba y puede aniquilar.

—Preveo para las incoherencias de esa pintura una explicación muy triste.

—Mucho, mucho. El espectador indiferente no ve en ese lienzo más que una obra de arte defectuosa; el que sabe la historia de su autor, ve un drama. Aunque es fácil equivocarse al juzgar á un jóven, no parecia aventurado esperar de él un gran artista; hoy puede temerse que no sea ni siquiera un hombre.

—¿Qué golpe le abrumba?

—Era el tercero de seis hermanos que se habian quedado sin padre. Los dos mayores hacian sus veces, aunque jóvenes, sosteniendo con su trabajo á los más pequeños y á su madre anciana, de quien eran el orgullo y el consuelo. Asíduos á su labor toda la semana, tenian el dia festivo un recreo honesto, solian irse al campo. Llega un domingo, y se preparan á salir de la ciudad. Fuera más prudente quedarse; ellos han tomado las armas para defenderla, y se dice que gente armada y hostil anda no muy lejos; sin duda no lo saben, ni su madre tampoco, porque los ve partir sin zozobra, dándoles el beso de despedida ¡ay! que debia ser el último.

En la casa el dia pasa tranquilamente, acompañando con el pensamiento á los de la partida campestre. «Ahora irán por allí; ahora llegarán allá; ahora, cerca de aquella fuente, se sentarán á comer: ya declina el sol, es tiempo de retirarse; habrán tomado el ómnibus, y vuelven.»

Pasa la hora en que solian estar ya en casa, y no han llegado. La noche cierra, y no han vuelto. Su madre empieza á

temblar; y sale, y pregunta, y sabe que no ha venido ninguno de los que fueron al campo, ni el carruaje que los llevaba. Busca otro; no halla quien se atreva á dejar la ciudad, ni sería posible, porque las puertas están cerradas y las llaves en poder del jefe militar. Cuando quiere pedir á éste que la deje ir en busca de sus hijos, ya es inútil, porque amanece. ¡Qué noche!

Rumores siniestros empiezan á circular; luego lúgubres relatos; que las malas nuevas no se sabe quién las trae, pero siempre llegan pronto. Es lo cierto, que cuando la madre desolada quiere salir en busca de los hijos de sus entrañas, la detienen.

Protesta, se irrita, implora; afirma que aquella situación es la más horrible en que puede verse, no comprende la crueldad de querer prolongar semejante tortura: hace preguntas, pide explicaciones, y como no hay quien tenga bastante cariño y al mismo tiempo bastante autoridad para ponerla á cubierto de la cruel imprudencia del vulgo, por un razonamiento de éste, por una réplica de aquel, por una exclamación del otro, por las palabras compasivas del de más allá, pronto sabe la verdad. ¡Verdad horrible!

Sus hijos, llenos de esa alegría pura de la buena edad, de la buena salud y de la buena conciencia, han elegido un hermoso sitio para el campestre banquete. Junto á una fuente hallan tendido el mantel de tupido césped: las flores les dan perfumes; el sol les dá luz; los árboles sombra; música el murmurar del agua, y con sus compañeros entonan un canto de esos solemnes y tristes que suelen oirse en las montañas.

Se sientan, y antes que hayan gustado las provisiones abundantes que con esmero preparó el maternal cariño, se ven rodeados de gente armada, que, á juzgar por su aspecto, debe ser feroz y vil.

La resistencia es imposible: los alegres convidados son míseros prisioneros, y se los insulta y denuesta de una manera soez. Luego, unos hablan de rescate; otros de muerte, y se resuelve la de los dos hermanos. Son tan jóvenes y tan bellos, que el matarlos parece asesinar á una mujer; tan parecidos, que se adivina que entrambos deben el sér á la misma infeliz madre; y pensando en ella, sin duda, alguno de aquellos bandidos, que aún tiene entrañas de hombre, pide gracia, y otros le apoyan, y se discute y se defiende la vida de los inermes mancebos, acusados de haber tomado voluntariamente las armas para defender su hogar. No se puede creer, pero aseguran

ser cierto que alguno, que debía predicar la paz y el perdón y el amor, embriagado por el odio, empleó su autoridad en rechazar toda idea de misericordia, y arrancando las víctimas á los que querían salvarlas, las inmoló. El hecho es que cayeron sin vida los que tenían tanta, y tan pura, y tan necesaria y tan querida... Cayeron, salpicando con su sangre las copas en que bebieron sus verdugos... Espiraron, pensando en su madre, y cuando ella decía:—Ahora se habrán puesto á comer...

—¡Pobre madre!

—No la compadezcas ya; Dios tuvo piedad de ella, murió á los pocos días. Una hermana suya queda con los cuatro huérfanos, en tal estado de dolorosa exaltación, que horripila. Ella, que era piadosa, se niega á recibir sacramentos; no quiere asistir á las ceremonias del culto, porque cree ver al verdugo de aquellos que, casi como hijos, amaba, y de la que tan de cerca los siguió.

El dolor del artista es silencioso y concentrado, síntoma alarmante en la edad de la expansión. Dijámosle que buscara alivio en el trabajo: tomó los pinceles, y trazó lo que ves. Un lugar ameno; una banda de foragidos; el jefe bebiendo en una copa llena, al parecer, con la sangre de los dos jóvenes que yacen muertos á sus piés. Allá en lontananza, y velada por esos ligeros vapores que hay á veces cerca del mar, una mujer moribunda; otra con señales de desesperación; tres niños que lloran, y un adolescente que mira todo esto con una tranquilidad que dá miedo. La obra, como has notado, está llena de defectos y tiene rasgos sublimes; antes de estar concluida, ha sido necesario apartarla de la vista del autor cuya razón vacila. Sus hermanos pequeñuelos le piden amparo; las tumbas le atraen, oye salir de ellas voces que le llaman y le dicen *¡ven, ven!* Y él duda, y está perplejo, si debe ir camino de la vida ó de la muerte. Los hombres no pueden oírle sin moverse á compasión, y las mujeres sin lágrimas.

Ya lo ves, ese cuadro, que no parece más que una pintura extravagante, es una horrible tragedia.

CONCEPCION ARENAL.

Gijón 2 de Febrero de 1876.

## A LA PAZ.

ser cierto que alguno, que debía predicar la paz y el perdón y el amor, empujando por el odio, empleó su autoridad en rechazar toda idea de misericordia, y arrojando las víctimas a los que querían salvarlas. El hecho es que cayeron sin vida los que tenían tanta necesidad y tan queridas... Cayeron, salpicando con su sangre las copas en que bebieron sus verdugos... Respiraron, pensando en su madre, y cuando ella decía:—Ahora se habrán puesto a comer...

—¡Pobre madre!  
—No la compadescas ya; los tres pedras de ella, murid a los pocos días. Una vez que se puso en los cuatro puertanos, en tal estado, que era imposible que ella, que era piadosa, se riesa a recibir sacramentos; no quiere asistir a las ceremonias del culto, porque cree ver el verdugo de aquellos que, casi como hijos, me tan de cerca los sirvió.

Fuente de puras aguas, cristalina,  
que en un oasis delicioso mana,  
tras largos siglos hácia tí camina  
sin conseguirte la razón humana.  
Cércate la ignorancia con su muro,  
y de ambición el simoom ardiente  
oseurece del sol el rayo puro  
ó enturbia con la sangre tu corriente.  
¡Oh! ¡Cuánto de dolor, cuánto de luto  
¡Oh! padres sin ventura, ya en el suelo,  
de un casto amor el bendecido fruto  
vésteis morir en fraticida duelo!

Y la fiera que al odio los provoca  
¿en dónde guareció su cobardía?  
¿Cómo su corazón de fría roca  
pudo así desgarrarte, patria mía?  
Odio y venganza, en extranjera tierra,  
fueron tal vez los sueños de su infancia:  
y su ambición, al promovernos guerra,  
explotó el fanatismo y la ignorancia.

No es español el hombre envilecido  
que sacrifica al niño y al anciano;  
es un monstruo cobarde, si vencido;  
si vencedor, despótico tirano.

En los eriales campos de Castilla,  
 en los sangrientos montes de Navarra,  
 en cada triste abandonada villa,  
 el buitre del dolor clavó su garra.

Mas ya la paz, de la celeste esfera,  
 tiende hácia España su tranquilo vuelo.  
 ¡Ay de la esposa que á su amor espera!  
 ¡Ay de la pobre madre sin consuelo!!

Llenos de juventud y de esperanza  
 les dieron el adios de despedida.  
 No hay laureles, no hay paz, no hay ya bonanza,  
 para quien pierde el alma de su vida.

Cantemos á la paz. De los laureles  
 el ramo es inmortal, la sombra grata;  
 mas despierta los ímpetus crueles,  
 ó como el manzanillo aduerme y mata.

Solo el trabajo, en su divina idea,  
 nos dará el pan del cuerpo y el del alma:  
 entonces libre España y grande sea:  
 sin cumplir el deber, no hay paz ni calma!

EMILIA MIJARES DE REAL.